

machallah, tus cachemiras, tu bolsa y tu caballo. Al presente estoy pagado de las 1,000 piastras que me has prometido; porque el sable, el machallah, las cachemiras, la bolsa y el caballo que me llevo hoy, valen próximamente 50,000.

Dichas aquellas palabras, puso al galope el caballo del bey, desapareció como una sombra en la oscuridad de la noche y en la inmensidad del desierto.

Mandó el bey le ofreciesen una plaza de kachet en su guardia; pero Salem respondió que mejor quería ser rey en el desierto que esclavo en Suez.

Hé aquí, continuó Bechara, lo que pasó entre el bey de Suez y Salem el ladron. Tened cuidado con vuestros sables, vuestros machallahs, vuestras cachemiras y vuestras bolsas, porque estamos en el mismo sitio donde sucedió la historia que os he referido.

En seguida nos dió las buenas noches, y se retiró acompañado de las alegres risotadas de sus camaradas, á quienes siempre encanta el que un Turco haya sido engañado por un Arabe.

Pasó la noche en completa tranquilidad, y al día siguiente nos encontramos cada cosa en su sitio. En aquella ocasion ejercia Salem su profesion en otra localidad.

PARTE SEGUNDA.

I.

EL MAR ROJO.

Estábamos ya en camino antes de salir el sol. Sus primeros rayos nos dejaron ver manadas de gacelas, que huían despavoridas al aproximarnos. Nada mas extraño que el contraste de ese bonito animal con los lugares que habita; diríase que ha nacido para los floridos verjeles y aterciopeladas praderas. Es una viva contradicción con la ruda y majestuosa naturaleza de aquellas regiones. Tuve la curiosidad de separarme un momento del camino, para ver la huella que habian dejado en el desierto. Apenas sus veloces piés se habian impreso en la arena; de modo que se hubiera dicho corrian por la superficie del suelo arrebatadas por el viento, que á ratos llegaba á nosotros en ráfagas calientes é impetuosas.

Iba á emprender nuevamente la ruta sobre huesos. Al amanecer la vimos dibujarse sobre la amarillenta arena como una línea plateada. Al salir el sol calentaba ya y era

mas insoportable que en los dias anteriores. Nos aconsejaron los Arabes no dejásemos ninguna parte del cuerpo expuesta á su contacto abrasador. Sin embargo, á pesar de sus consejos y nuestras precauciones, como era imposible librarse de los oblicuos rayos de la mañana ó de la tarde, recibimos algunos que nos hicieron el efecto inmediatamente de moxas; la epidermis calcinada se levantaba formando ampollas, y se desprendia á las pocas horas: por lo que á mí hace, es seguro que en todo el tiempo que duró nuestro viaje por el desierto cambié de nariz todas las tardes.

A las tres horas de marcha apareció un punto blanco en el horizonte. No tardamos en reconocer á medida que nos aproximábamos, una torre cuadrada, en cuyas inmediaciones se hubiese creído ver una inmensa serpiente, cuyos repliegues apenas podía seguir la vista. Aquella torre era la casa de un cheik, situada á tres leguas de Suez. En esta casa se detiene cortos momentos la caravana de la Meca, á fin de separarse de los viajeros que solo van á Suez. Los peregrinos continúan su camino hácia el Oriente, los viajeros se inclinan al Sur, y no tardan en encontrar el primer brazo del mar Rojo, mientras los otros emplean todavía diez ó doce dias de marcha antes de descubrir el segundo, cuya ribera oriental costean hasta la Ciudad Santa. En cuanto á los anillos de la serpiente arrollada á aquella casa, eran los innumerables burros que iban allí por agua para el gasto de la ciudad: asentada á orillas del mar Rojo, no tiene mas que pozos y fuentes de agua amarga. Apenas supimos aquello, la esperanza de encontrar agua fresca nos estimuló. Pusimos nuestros dromedarios al galope, y en menos de una hora recorrimos las tres ó cuatro leguas que nos separaban de la apetecida fuente. En cuanto llegamos á ella, el jefe del khan llenó nuestros pellejos mediante una corta retribucion. Nosotros bebimos en la misma fuente. El agua era ligeramente salada; pero estábamos demasiado sedientos para que nos parásemos en semejante bagatela

Habíamos dejado á nuestra derecha, y á la parte opuesta de una cadena de montañas que estuvimos viendo durante el dia hácia el Sur, el camino que tomaron los fugitivos Israelitas cuando conducidos por Moisés y guiados por la columna de fuego, y llevando consigo las cenizas de José, como este les habia recomendado al morir, dejaron á Rhamsses, atravesaron el Mekkatan, y acamparon en Etham, al extremo del desierto. En esta última ciudad fué donde el Señor habló otra vez á Moisés y le dijo: « Di á los hijos de Israel que vuelvan y acampen delante da Phihahiroth, que está entre Magdad y el mar, frente á Beelsephon. Acampareis frente á aquel lugar que está en la orilla de la mar. »

Los Israelitas descendieron hácia el Occidente, y fueron al sitio en que nosotros estábamos, atraídos probablemente por los mismos manantiales donde en aquel momento acabábamos de apagar nuestra sed. Desde allí fué desde donde descubrieron el ejército de Pharaon, que iba en su persecucion, y donde sobrecogidos de un gran terror, dijeron á Moisés:

« ¿Acaso no habia sepulcros en Egipto? ¿es para esto para lo que hemos venido aquí, para morir en el desierto? ¿Qué designio teniais cuando nos habeis hecho salir del Egipto? »

« ¿No os decíamos esto mismo estando todavía en Egipto? Dejadnos que sirvamos á los Egipcios, porque valia mucho mas fuésemos sus esclavos, que venir á morir en el desierto. »

Moisés respondió al pueblo: « No temais; permaneced firmes y conoced las maravillas que el Señor va á hacer hoy, porque esos Egipcios que veis ante vosotros, van á desaparecer, y ya no los vereis mas. »

El Señor dijo entonces á Moisés: « Porqué me invocas? Di á los hijos de Israel que caminen. »

En efecto, los Hebreos emprendieron otra vez su camino y se dirigieron directamente hácia aquella punta del mar Rojo donde hoy está Suez. La distancia es de tres horas

próximamente, aunque nosotros empleamos menos tiempo en andar el camino, porque nuestros camellos, dejando el que conduce á la Meca, tomaron el galope hácia el Mediodía, y desde la torre de Cheik no dejaron aquel paso hasta el momento en que llegamos. A medida que avanzábamos, adquiría el cielo un tinte argentino; elevábase en derredor la cadena de montañas que costea la ribera occidental del mar Rojo; á la izquierda continúa extendiéndose el desierto, y entre este y las montañas se destacan sobre el agua del mar, aumentando de dimension, las murallas de Suez, cuya monotonía interrumpe escasos *madenehs* elevándose por cima de sus almenas. Al otro lado de la ciudad está la parte en la cual fondean los barcos que vienen de Thor y los navíos de extrañas formas que se aventuran hasta el estrecho de Babel-Mandel, y vuelven allí despues de haber tocado en Moka.

En cuanto llegamos á corta distancia de la costa, hicimos levantar nuestras tiendas cerca de Suez; luego nos dirigimos á la orilla del mar. En aquel sitio es donde el Señor dijo á Moisés : « Levanta tu vara, extiende la mano sobre las aguas y divídelas, á fin de que los hijos de Israel marchen en seco por medio del mar. »

« Yo endureceré el corazon de los Egipcios á fin de que os persigan, y seré glorificado en Pharaon, en todo su ejército, en sus carros y en su caballería. »

Entonces el ángel del Señor que marchaba delante del campo de los Israelitas, se quedó detrás, y en el mismo instante la columna de la noche, dejando su sitio á la cabeza del pueblo.

« Se colocó tambien detrás entre el campo de los Egipcios y el campo de los Israelitas : y la nube era tenebrosa por una parte, y por la otra iluminaba las tinieblas, de modo que los dos ejércitos no pudieron aproximarse en toda la noche. »

« Habiendo extendido Moisés su mano sobre el mar, el Señor le abrió, haciendo soplar un viento fuerte y abrasador durante toda la noche, y secó el fondo del agua que dividió en dos. »

« Los hijos de Israel caminaron en seco por medio del mar, teniendo el agua á derecha y á izquierda, sirviéndoles como de un muro. »

« Y los Egipcios marchando cerca de ellos, entraron persiguiéndoles en medio del mar con toda la caballería de Pharaon, sus carros y sus caballos. »

« Y cuando los Israelitas hubieron llegado á la otra orilla, el Señor dijo á Moisés : — Tiende tu mano sobre el mar, á fin de que las aguas caigan sobre los Egipcios, sus carros y su caballería. »

« Moisés tendió, pues, la mano sobre el mar, y al amanecer volvió á ocupar el mismo lugar que tenia antes. Así, cuando los Egipcios huían, las aguas les salieron á su encuentro, y el Señor los sepultó en medio de las olas. »

« Y volviendo las aguas á su anterior estado, cubrieron los carros y la caballería y todo el ejército de Pharaon que habia entrado en el mar persiguiendo á Israel, y no escapó de allí ni uno solo. »

En el momento en que llegábamos á la orilla del mar, las aguas estaban elevadas. Entonces se atraviesa, en caso de urgencia, por medio de un barco. Como no teníamos nada urgente ni éramos perseguidos, y por otra parte queríamos pasar el mar á la manera de los Israelitas, resolvimos esperar el reflujo, y hacer entretanto una corta visita á la ciudad de Suez.

Nos dirigimos, pues, hácia las puertas, y despues de haber presentado nuestros *tekerifs* (1), fuimos á casa del gobernador turco, quien viendo nuestras recomendaciones nos recibió perfectamente bien. Pero lo que mas agradecemos de su acogida fué la prontitud y afabilidad con que mandó nos diesen á cada uno una bota llena de agua dulce y fresca. Al instante y sin gastar cumplimiento, bebimos de ella, expresando mientras la bebíamos nuestro reconocimiento haciendo señales con las manos. Nos invitó á que fuésemos á visitarle á nuestro regreso; se lo prometimos

(1) Pasaportes.

de buena voluntad; en seguida, temiendo retrasarnos nos despedimos de él.

Al salir de casa del gobernador, Bechara, que nos acompañaba, se detuvo ante una casa que nos la mostró con el dedo repitiendo dos veces: ¡*Bounabardo!* ¡*Bounabardo!* Nos detuvimos porque sabíamos que este nombre era el que los Arabes dan á Bonaparte; y como recordamos que habia llegado á Suez, nos imaginamos que aquella casa encerraria algun recuerdo histórico. En efecto, en aquella casa era donde se habia alojado; entramos en ella y pedimos permiso para hablar al amo; era un Griego agente de la compañía de las Indias de los Ingleses llamado Comanouli, quien reconociéndonos por Franceses adivinó al punto el objeto de nuestra visita, y nos hizo los honores de su casa con la mayor amabilidad. La habitacion donde estuvo alojado Bonaparte es una de las mas sencillas de toda la casa; tiene al rededor un divan y las ventanas dan al puerto; por lo demás ningun recuerdo material del general en jefe del ejército de Egipto se la recomienda á la curiosidad de los viajeros.

El 26 de diciembre de 1798 llegó Bonaparte á Suez; el dia 27 le empleó en recorrer la ciudad y el puerto; el 28 se resolvió á pasar el mar Rojo para ir á las fuentes de Moisés; á las ocho de la mañana, habiéndose retirado el mar, atravesó el cauce y se encontró en Asia.

Mientras Bonaparte estaba sentado junto á los manantiales, recibió la visita de algunos jefes árabes de Thor y de las cercanías que iban á darle gracias por la proteccion que concedia al comercio con el Egipto; mas no tardó en volver á montar á caballo para visitar las ruinas de un gran acueducto construido durante la guerra de los Portugueses contra los Venecianos; esta guerra tuvo lugar despues del descubrimiento del paso del cabo de Buena Esperanza, suceso que arruinaba el comercio de los últimos. No tardamos en encontrar el acueducto á la izquierda del camino que seguíamos; estaba destinado á conducir el agua de los manantiales á las cisternas construidas á orillas del mar que

debía servir para la aguada de los buques que navegan por el mar Rojo.

Terminada aquella visita, Bonaparte trató de volver á Suez; la noche era oscura cuando llegó á la orilla del mar. Llegaban á la hora de la marea y se propusieron acampar en la playa y pasar allí la noche; pero Bonaparte no quiso oír nada; llamó al guia y le mandó caminase delante. El guia, turbado al oír aquella orden emanada directamente de un hombre á quien los Arabes miraban como un profeta, equivocó el camino prolongándole de este modo un cuarto de hora. Apenas habian llegado á la mitad, cuando las primeras olas del flujo mojaron las piernas de los caballos; conociase la rapidez con que el agua subia; la oscuridad impedia medir el espacio que faltaba recorrer; el general Caffarelli, á quien su pierna de madera impedia mantenerse sólidamente á caballo, pidió auxilio á su ayudante. Aquel grito fué mirado como de angustia; introdúcese el desórden en la pequeña caravana; cada uno huye por su lado lanzando su caballo en la direccion en que creia encontrar tierra; solo Bonaparte continuó tranquilamente siguiendo al Arabe que marchaba delante de él. Entretanto el agua subia; su caballo se asustó y se negó á pasar adelante; la situacion era terrible; el menor retraso era la muerte. Un guia de la escolta, de una estatura elevada, de fuerzas hercúleas, salta al mar, coge al general sobre sus hombros, y agarrándose á la cola del caballo del Arabe, trasporta á Bonaparte como á un niño; á los pocos momentos le llegaba el agua hasta los sobacos y comenzaba á perder tierra; el mar corria con una espantosa rapidez; cinco minutos mas y los destinos del mundo cambiaban con la muerte de un solo hombre. De repente el Arabe lanza un grito; tocaba la orilla; el guia rendido cae sobre su rodilla; ha salvado á su general: las fuerzas le faltaban ya.

La caravana volvió á entrar en Suez sin haber perdido un solo hombre; solo se ahogó el caballo de Bonaparte.

Veinte años despues conservaba Bonaparte de aquel suceso un recuerdo acaso mas presente que ninguno de sus

otros peligros, porque hé aquí lo que escribia en Santa Elena :

« Aprovechando la baja marea, atravesé el mar Rojo á pié enjuto ; á la vuelta me sorprendió la noche y me extravié cuando la marea crecia ; corri grandísimo riesgo ; poco faltó para que pereciese del mismo modo que Pharaon ; lo cual no hubiera dejado de proporcionar á los predicadores de la cristiandad un texto magnifico contra mí. »

Quando estuvimos orilla del mar, la marea acababa de retirarse, y el momento era completamente favorable. Hicimos recoger la tienda, volvimos á montar en nuestros dromedarios y nos lanzamos al mar ; en el sitio donde mas profundidad tenia el agua, no pasaba de un pié ; cuarenta minutos nos bastaron para aquella travesia, y á las dos horas pisábamos la tierra de Asia ; atravesamos algunas colinas de arena que costean el mar, y nos encontramos en el desierto.

Nuestra caravana al tocar la península del Sinai, habia tomado súbitamente un aspecto militar, lo cual probaba que entrábamos en el país en que el derecho natural reemplaza al derecho de gentes : Araballah marchaba de explorador á cincuenta pasos delante de nosotros, y Bechara habia sido colocado á igual distancia á retaguardia, á fin de que sus cuentos y canciones no pudiesen distraer á nadie. Habíamos caminado de este modo una legua, cuando Araballah se detuvo de repente extendiendo su lanza hácia el Sur, y señalándonos dos puntos negros que aparecian al horizonte. Tonaleb mandó á dos Arabes se unieran á Araballah y fuesen delante con él ; esta orden se ejecutó al instante y en silencio ; apenas se unieron á su compañero, desaparecieron los tres internándose en un bosque de palmeras que se mecian á nuestra izquierda, como una isla de verdura. Entretanto toda la caravana habia hecho alto, y ya preparáramos á todo evento nuestras armas, cuando Tonaleb lanzó un grito y partió al galope ; nuestros haghins, impulsados por el ejemplo, le siguieron á todo escape, y de este modo avanzábamos hácia el bosque de palmeras, detrás del que se distin-

guian los dos puntos negros, que hacia breves instantes se habian convertido en jinetes, sin que supiésemos si nos dirigiamos á amigos ó enemigos.

Probablemente eran amigos, porque Tonaleb cesó completamente de ocuparse de ellos, y en cuanto llegó al pequeño oasis hácia el que habia emprendido su carrera de un modo tan rápido, se bajó de su dromedario, arrodilláronse los nuestros, y nos hallamos junto á cinco fuentes encantadoras á que daban sombra una docena de palmeras cuyos retoños formaban al rededor de sus troncos un bosque muy fresco y delicioso. Habíamos llegado á los manantiales de Moisés : aquí fué donde los Israelitas se detuvieron y entonaron el cántico de accion de gracias, mientras que María la profetisa, hermana de Aaron, cogiendo un tambor, y seguida de todas las mujeres que marchaban con ella llevando tambores y formando coro con ellos, cantaba la primera diciendo :

« Cantemos las alabanzas del Señor, porque ha demostrado su grandeza y su gloria, y ha precipitado en el mar caballo y caballero. »

Como nosotros teniamos otra cosa que hacer que cantar, metimos cabeza y brazos en aquellos antiguos manantiales, y estábamos completamente abstraídos en aquel delicioso entretenimiento, cuando volvió á aparecer Araballah con sus compañeros ; iba seguido de dos hombres vestidos de negro : eran religiosos del monte Sinai ; Tonaleb los habia reconocido de lejos por su traje, y por eso libre de todo temor habia arrojado su grito de alegría, y nos habia llevado á galope hasta los manantiales de Moisés.

Los dos frailes se apearon de sus dromedarios y vinieron á sentarse junto á nosotros : en el desierto todo es amigo ó enemigo ; se da parte de la tienda, del pan y del arroz, ó se cambian recíprocamente lanzadas, y disparos de fusil y pistola. Los recién llegados no tenian ninguna intencion hostil ; para nosotros, luego que supimos pertenecian al convento á donde íbamos, su encuentro era una felicidad : por tanto hicimos muy pronto conocimiento con ellos : nos saludaron

en latin, y les contestamos como pudimos. Abdallah estaba ya dedicado á su obra. Mr Taylor les invitó á comer con nosotros; aceptaron, nos sentamos á la sombra de las palmeras, sobre una arena húmeda por la filtracion de las aguas, y no tardamos en sentir un apacible bienestar que no habíamos disfrutado desde nuestra salida del Cairo.

Era el momento mas á propósito para la expansion; le aprovechamos para preguntar á nuestros dos convidados la explicacion de una cosa que nos parecia de las mas extraordinarias: ¿cómo dos hombres solos, sin escolta, sin armas, sin defensa, que pertenecian á un convento rico, se exponian á ser asesinados en el desierto, robados, ó puestos á rescate por los primeros Arabes que se apareciesen? Sabíamos perfectamente que á los ojos de tales hombres, ni su edad, ni su religion, ni su traje, eran salvaguardias suficientes; expresamos pues á nuestros piadosos convidados nuestra admiracion por su valor, y nuestro asombro de que no tuviese para ellos fatales consecuencias. Entonces el mas anciano de los dos sacó de su pecho una bolsita bordada y colgada como un escapulario, la abrió y nos presentó un papel que dentro contenia: era un firman rubricado por Bonaparte.

Aquella firma conservada en medio del desierto, en los lugares mismos en que el nombre del genio se hacia mas grande todavia por el recuerdo de sus victorias, la veneracion con que Tonaleb se levantó y se aproximó diciendo: ¡Bounabardo! ¡Bounabardo!, la curiosidad de los Arabes, que formaron al instante á nuestro alrededor un círculo tan compacto como lo permitia el respeto, todo concurría á dar á aquella escena un carácter lleno de interés, especialmente para Franceses. Preguntamos al anciano cenobita cómo se hallaba en sus manos aquel firman, y hé aquí lo que nos dijo:

— El convento del Sinaí, aislado entre los dos brazos del mar Rojo, colocado en la punta meridional de la península, distando diez jornadas de Suez y doce del Cairo, se encontraba por su posicion en un todo dependiente de aquellas

dos ciudades, cuyo gobernador, profesando una religion opuesta á la de los cenobitas, se encontraba poco dispuesto á prestarnos su apoyo contra las depredaciones de los mamelucos de las ciudades y el brigandaje de los Arabes de desierto. Obligados á proveer á su subsistencia de la Arabia, de la Grecia y del Egipto, recolectando el trigo con que hacian su pan en Chio, llevando del Peloponeso las lanas con que tejian sus hábitos, cultivándose en Moka el café que bebian, resultaba como consecuencia inmediata que desde la rebelion de los beys y la dominacion de los mamelucos imponian estos un enorme derecho sobre los distintos objetos de que los monjes hacian provision en Alejandria, Djedda y Suez; y aun no se limitaban todas sus gabelas á este derecho: era preciso tratar con los Arabes para el transporte, pagar una escolta, lo cual no impedia que de vez en cuando alguna tribu vecina, mas numerosa ó mas valiente, asaltase á la caravana y perdiese el convento con aquel golpe, no sólo sus provisiones sino tambien algunos de sus padres, que una vez prisioneros no recobraban su libertad sino por un rescate ruinoso. Así, la vida de aquellos animosos cenobitas se habia convertido en una lucha continua para poder subvenir á las primeras necesidades de la vida. Además, los Beduinos, como una bandada de aves de rapiña, andaban sin cesar al rededor del monasterio dispuestos á entrar en él á la menor imprudencia de los religiosos, arrebatando lo que se encerraba en sus muros, hombres y animales. La miseria de los buenos padres habia, pues, llegado á su colmo, cuando un dia supieron por los mismos Arabes que habia llegado un hombre de Occidente con la elocuencia de un profeta y el poder de un Dios. Se les ocurrió la idea de dirigirse á aquel hombre para pedirle su proteccion. En su consecuencia reuniéronse los monjes, eligieron dos diputados, se ajustaron con un jefe de tribu para que los condujese y protegiese hasta que hubiesen encontrado á aquel á quien iban á buscar, y los dos diputados se pusieron en camino llevando consigo la última esperanza de los que quedaban en el convento. Siguiéron las orillas

del mar Rojo por espacio de diez dias, y por último llegaron á Suez donde vieron flotar un pabellon desconocido. Preguntaron dónde estaba el sultan de los Franceses y se les dijo que en el Cairo; porque en diez y ocho dias habia hecho la conquista del Egipto. Continuaron su camino á través del desierto; atravesaron el Morkatan y llegaron á la ciudad de El-Talaou. Sus antiguos enemigos los mamelucos habian sido lanzados de allí como un torbellino de polvo. Mourad-Bey, batido en las Pirámides, habia huido al Alto Egipto; Ibrahim, vencido en El-Arish, se habia internado en la Siria, y la misma bandera que ya habian visto en Suez flotaba al viento en los minaretes del Cairo. Entraron en la ciudad, que encontraron completamente tranquila. Llegaron á la plaza de El-Bekir y pidieron una audiencia al sultan. Señaláronles la casa que habitaba; se presentaron en ella. Un ayudante de campo les hizo pasar por los jardines y les condujo á una tienda donde Bonaparte se encontraba por lo regular desde que las primeras horas de la noche permitian abandonar las habitaciones interiores, frescas durante el dia por las corrientes de aire y por las fuentes.

Bonaparte estaba sentado á una mesa en la que tenia á su vista desarrollada una carta del Egipto. Junto á él estaban Caffarelli, Fourrier y un intérprete. Dirigiéronle los diputados la palabra en italiano y le expusieron el objeto de su viaje.

Bonaparte se sonrió; iban á lisonjearle mejor que hubiera podido hacerlo el cortesano mas hábil. Su fama habia llegado al Asia y por el Yemen á precederle á la India. Todavía ignoraba el poder de su nombre; dos pobres frailes acababan de caminar cien leguas por el desierto para haberle conocido la extension de su dominio. Hizo sentar á los enviados, y mientras les servian el café, dictó al intérprete un *firman*. Este era el que los religiosos nos enseñaban y el cual aseguraba sus viajes y los trasportes de sus provisiones á través del desierto y por las ciudades.

Desde aquel dia los monjes habian sido respetados; un dia el Nilo y el Mediterráneo volvieron á conducir la flota

francesa del mismo modo que la habian llevado y los Turcos recobraron su poder; volvieron á tomar los mamelucos las ciudades, los Arabes guardaron el silencio; ni Turcos, ni mamelucos, ni Arabes no se atrevieron á violar el firman dado por su enemigo, de modo que todavia hoy los frailes del Sinai, objeto de la veneracion de los Arabes que los rodean, pueden recorrer el desierto solos y sin escolta bajo la salvaguardia de aquella firma mágica de Bonaparte, medio borrada por los religiosos besos de los descendientes de Ismael, que poco antes habian robado la gran caravana que volvia de la Meca y arrebató la hija de un rey para hacer de ella la concubina de algun jefe de tribu.

Aquella noche escuchó Bechara contra su costumbre, por mas que no comprendiese de la relacion del anciano cenobita mas que aquello que le indicaban sus gestos; pero habia observado la atencion que le prestamos todo el tiempo que aquella duró. Calculando, pues, que á la hora avanzada en que nos hallábamos seria necesario referir una historia muy interesante para borrar la impresion que aquella narracion habia producido, reconoció su impotencia, y disimulando la vergüenza de su derrota bajo una graciosa sonrisa de despedida, nos saludó y fué á tenderse sobre la arena á la puerta de nuestra tienda.